

## VELADA UNDECIMA.

EL CABALLERO.

Aunque no apreciáis mucho los viajes por las nubes, querido Conde, tengo, sin embargo, deseo de trasportaros de allá nuevo. El otro día me cortasteis la palabra, comparándome á *un hombre sumergido en el agua, que pide de beber*. Está muy bien dicho, pero vuestro epigrama deja mis dudas en pié. No parece sino que en nuestros días el hombre no puede respirar en el antiguo círculo de las facultades humanas, y queriendo romper sus barreras, se agita cual águila indignada contra los hierros de su jaula. Ved cuánto emprende en las ciencias naturales! Ved también esa nueva alianza que ha formado, y cómo marcha con feliz resultado entre las teorías de las ciencias físicas y las artes, obligándolas á que produzcan prodigios para servir á las ciencias! ¿Cómo quereis que este espíritu general del siglo no se estienda hasta las cuestiones del orden espiritual? ¿Y por qué no ha de serle permitido ocuparse del objeto mas importante para el hombre, con tal que sepa contenerse en los límites de una sabia y respetuosa moderacion?

EL CONDE.

En primer lugar, querido Caballero, nunca creeré ser dema-

siado exigente, si pretendo que el espíritu humano, libre en todos los demás objetos, escepto uno solo, evite acerca de este toda investigación temeraria. En segundo lugar, esa moderacion de que me habláis, y que tan bella es en teoría, es realmente imposible en la práctica, ó al menos tan rara, que debe considerarse como imposible. Confesad, pues, que cuando una investigación no es necesaria, y por el contrario, es capaz de producir por sí males infinitos, es hasta un deber el abstenerse de ella. Esto es lo que siempre me ha hecho mirar como sospechosas y aun como odiosas todas esas elevaciones espirituales de los *iluminados*, y desearia mil veces mas.....

EL SENADOR.

Conque en efecto, mi querido amigo, ¿teneis miedo á los *iluminados*? Pues yo á mi vez, no creo ser demasiado exigente si pido con humildad que sean definidas las palabras, y que se tenga en fin la extrema bondad de deciros lo que es un *iluminado*, con el objeto de saber de qué y de quién se habla, lo que no deja de ser útil en una discusion. Se dá el nombre de *iluminados* á esos hombres culpables que se atreven en nuestros días á concebir, y aun á organizar en Alemania la mas criminal asociacion, el espantoso proyecto de propagar en Europa el cristianismo y la soberania. Se dá el mismo nombre al virtuoso discipulo de Saint-Martin, que no solamente profesa el cristianismo, sino que trabaja para elevarlo á la mas sublime altura de la ley divina. Desde luego, señores, me concederéis que jamás han llegado los hombres á caer en una confusion mas grande de ideas. En cuanto á mí, os confieso que no puedo oír á sangre fria á los aturdidos individuos de uno y otro sexo, esclamar *iluminismo* á la menor palabra que escede á su limitada inteligencia, con una lijereza y una ignorancia tal, que apurarian la paciencia mas ejercitada. Pero vos, mi querido amigo, vos, *romano* tan acérrimo defensor de la autoridad, habladme francamente. ¿Podeis leer la santa Escritura sin veros precisado á reconocer en ella una multitud de trozos que oprimen vuestra inteligencia, invitándola á entregarse á tentativas de una sabia *investigacion*? No es á vos á quien lo mismo que á los demás se ha dicho: *escudriñad las escrituras*? Decidme, ¿comprendeis el primer capítulo del Génesis? Comprendeis el Apocalipsis y el Cantar de los Cantares? No os cuesta trabajo comprender el Eclesiastes? Cuando leéis en el primer capítulo del Génesis el momento en que nues-

tros primeros padres se apercibieron de su desnudez, y Dios les hizo vestidos de pieles, ¿entendeis esto al pié de la letra? ¿Creeis que la Omnipotencia se empleó en matar animales, desollarlos, curtir las pieles, y finalmente formar aguja é hilo para arreglar estas nuevas túnicas? Creeis que los culpables rebeldes de Babel intentaron realmente levantar una torre cuya veleta tocase la luna? Y cuando las estrellas cayeron sobre la tierra, ¿no os encontrais perplejo para volverlas á colocar? Mas puesto que es cuestion de cielo y estrellas, ¿qué decis del modo con que la palabra cielo es muchas veces usada por los escritores sagrados? Cuando leéis que Dios crió el cielo y la tierra, que el cielo es para él, y que la tierra la ha dado á los hijos de los hombres, que el Salvador subió al cielo y descendió á los infernos, etc., ¿cómo entendeis estas espresiones? Y cuando leéis que el Hijo está sentado á la diestra del Padre, y que S. Estevan al morir le vió en esta situacion, ¿no experimenta vuestro corazon cierta incomodidad y no sé qué deseo de que se hubiesen ocurrido otras palabras al escritor sagrado? Mil espresiones de esta especie os probarán que Dios unas veces ha querido dejar hablar al hombre cuanto ha querido, segun las ideas dominantes de tal ó cual época, y otras ocultar bajo formas, de apariencias sencillas y á veces groseras, altos misterios que no están al alcance de todas las inteligencias: ¿qué mal hay pues en ambas suposiciones de que el hombre trate de profundizar los abismos de la gracia y de la bondad divina, á la manera que caba y profundiza la tierra para sacar el oro ó los diamantes? Ahora mas que nunca debemos, señores, ocuparnos de estas elevadas especulaciones, porque es necesario encontrarnos dispuestos para un acontecimiento inmenso en el orden divino, hácia el que marchamos con una velocidad que debe espantar á todos los observadores. No hay religion en la tierra: el género humano no puede permanecer en tal estado. Terribles oráculos anuncian además, que han llegado ya los tiempos. Muchos teólogos católicos han creído, que en la revelacion de S. Juan estaban anunciados sucesos de primer orden, y poco lejanos de nosotros; y aunque los teólogos protestantes se han dejado arrastrar en general, acerca de este libro, por el espíritu de secta, donde jamás han sabido ver sino lo que deseaban, sin embargo, despues de haber pagado al fanatismo su desgraciado tributo, veo que ciertos escritores de ese partido adoptan desde luego el principio: de que muchas de las profecias contenidas en el Apocalipsis se refieren á nuestros tiempos. Uno de

esos escritores ha llegado hasta á decir, que el acontecimiento habia ya comenzado, y que la nacion francesa debia ser el principal instrumento de la mas grande de las revoluciones. Tal vez no haya un hombre verdaderamente religioso en Europa (hablo de la clase instruida), que no espere en este momento alguna cosa extraordinaria; decidme, señores, ¿y creeis que esa conformidad de todos los hombres debe ser despreciada? No significa nada ese grito tan general que anuncia grandes acontecimientos? Remontaos á los siglos pasados, transportaos al nacimiento del Salvador, y en esa época oireis una voz misteriosa, que partiendo de las regiones orientales, esclama: *el oriente se halla próximo á triunfar, el vencedor partirá de la Judea; un niño divino nos ha sido dado; vá á aparecer; baja de los cielos y renovará la edad de oro sobre la tierra.* Ya sabeis lo demás. Estas ideas se hallaban universalmente difundidas, y como se prestaban infinitamente á la poesia, el mas grande de los poetas latinos se apoderó de ellas, y las adornó con los colores mas brillantes en su Polion, que despues fué traducido en muy buenos versos griegos, y leído en esta lengua en el concilio de Nicea por mandato del emperador Constantino. En efecto, era muy digno de la Providencia ordenar que renovase ese grito del género humano para siempre en los versos de Virgilio. Pero la incurable incredulidad de nuestro siglo, en lugar de ver lo que esta pieza encierra realmente en sí, es decir, un monumento inesfable del espíritu profético que entonces se agitaba en el universo, se entretiene en probarnos doctamente que Virgilio no era profeta, esto es, que una flauta no sabe de música, y que nada se encuentra de extraordinario en la Egloga once de este poeta; y no encontrareis ninguna nueva edicion ó traduccion de Virgilio que no contenga algun noble esfuerzo de razonamiento para embrollar la cosa mas clara del mundo. El materialismo con que se ha manchado la filosofia de nuestro siglo, es un obstáculo que le impide ver la doctrina de los espíritus, y particularmente la del espíritu profético, siempre plausible en sí misma, y por otra parte la mejor apoyada por la tradicion mas universal é imponente que haya existido jamás. ¿Pensais que los antiguos convinieron todos en creer que la potencia divinatrix ó profética era un don innato del hombre? (1)

(6) *Veteres... vin μΑΥΤΙΧΝ (divinatricem) in natura quandoque homini inesse contendunt... nec desunt inter recentiores nostri seculi scriptores qui veteribus hac in re assensum præbeant, etc.*

Véase Sam. Bochart, Epist. ad dom. de Segrain, Blondel, Reinesio,

Eso no es posible. Jamás un sér, y mucho menos una clase entera de séres, manifestará general é invariablemente una inclinacion contraria á su naturaleza. Como la eterna ansiedad del hombre es penetrar el porvenir, es una prueba cierta de que tiene derechos sobre este porvenir, y que cuenta con medios para descubrirlo, al menos en ciertas circunstancias.

Los oráculos antiguos se servian de ese movimiento interior del hombre, que le manifiesta su naturaleza y sus derechos. La pesada erudicion de Van-Dale y las alegres frases de Fontenelle, se emplearon vanamente en el siglo pasado para establecer la nulidad general de esos oráculos. Pero sea de esto lo que quiera, jamás hubiera recurrido el hombre á estos oráculos, jamás hubiera podido imaginarlos, si no hubiese partido de una idea primitiva, en virtud de la cual, los consideraba como posibles, y aun como existentes. El hombre está sujeto al tiempo; y sin embargo, es por su naturaleza extraño al tiempo, de tal modo, que la idea misma de la felicidad eterna le fatiga y le espanta. Que cada uno se consulte y se sentirá escitado por una felicidad sucesiva y sin término; y yo diría que *teme fastidiarse*, si esta espresion no estuviese mal en un asunto tan grave; pero esto me conduce á una observacion que tal vez os parezca de algun valor.

Gozando el profeta del privilegio de sobreponerse al tiempo, y no estando sus ideas circunscritas á la duracion, se tocan y confunden en virtud de la simple analogia, lo que necesariamente produce grande confusion en sus discursos. El mismo Salvador se somete á este estado, entregado voluntariamente al espíritu profético, las ideas análogas de grandes desastres separados del tiempo, le condujeron á confundir la destruccion de Jerusalem con la del mundo. Igualmente David, conducido por sus propios sufrimientos á meditar sobre *el justo perseguido* traspasa de repente el tiempo, y teniendo presente el porvenir, esclama: *Ellos han taladrado mis manos y mis piés, han contado mis huesos, se han repartido mis vestiduras y sorteado mi túnica.* (Ps. XXI, 17). Otro ejemplo no menos notable de la marcha profética, se encuentra en el magnífico salmo LXXI; (1). Al tomar David la pluma, no pensaba mas que en Salomon; pero bien pronto se confunde en su

Fabricio y otros citados tambien en la disertacion de Mar. Barth. Christ. Richard, *De Roma ante Romulum condita* (in *Thess. dissert. M. Joh. Christoph. Martini*, tom. II, par. 1; in-8.º, pág. 241).

(1) El último versículo de este salmo en la vulgata dice: *Difecerunt*

espíritu la idea del tipo con la del modelo, y apenas llega al quinto versículo cuando ya esclama: *él durará tanto como los astros*; y creciendo por grados su entusiasmo, produce un trozo soberbio, único en calor, en rapidez y en movimiento poético. Podrían añadirse otras reflexiones sacadas de la astrologia judiciaria, de los oráculos, de las adivinaciones de todo género, cuyo abuso ha deshonrado sin duda el espíritu humano; pero que sin embargo, tienen un origen verdadero, como todas las creencias generales. El espíritu profético es natural al hombre y jamás dejará de agitarse en el mundo. Procurando el hombre de todas las épocas y de todos los lugares penetrar el porvenir, declara que no ha sido hecho para el tiempo, porque el tiempo tiene *cierta cosa forzada que se afana por concluir*. De ahí viene que jamás en nuestros sueños tenemos la idea del tiempo y que el estado del sueño fué siempre favorable á las comunicaciones divinas. Esperando que nos sea explicado este grande enigma, celebramos en el tiempo á aquel que ha dicho á la naturaleza:

*El tiempo será para vosotros; la eternidad para mí* (1); celebramos su misteriosa grandeza, y *ahora y siempre, en todos los siglos, y en toda la serie de eternidades* (2), y *mas allá de la eternidad* (3), y cuando en fin, todo esté consumado, un ángel esclamará en medio del espacio vacío: ¡YA NO HAY MAS TIEMPO! (4)

Si me preguntais en seguida qué cosa es ese espíritu profético que acabo de nombrar, os responderé: *que jamás han ocurrido en el mundo grandes acontecimientos sin que de un modo ó de otro hayan dejado de ser anunciados*. Maquiavelo es el primero que conozco que ha sentado esta proposicion; pero si vosotros mismos

*laudes David filii Jesse*. Le Gros ha traducido: *aquí acaban las alabanzas de David*.

La traduccion protestante francesa dice: *aquí terminan las súplicas de David*; y la traduccion inglesa: *Las oraciones de David quedan acabadas*. M. Genonde, sirviéndose de sus agudezas con una maravillosa facilidad, dice: *aquí acaba la primera coleccion que David habia hecho de sus Salmos*. En cuanto á mí escribiría intrépidamente: *aquí David, oprimido por la inspiracion, arroja la pluma*; y este versículo no sería sino una nota que pertenecería á los editores de David, ó tal vez al mismo.

(1) Tomás, oda sobre el tiempo.

(2) *Perpetuas eternitates*. Dan. XII, 3.

(3) *In æternum et ultra*. Exod. XV, 18.

(4) Entonces el ángel jura por el que vive en los siglos de los siglos... QUE YA NO HABRA MAS TIEMPO. Apoc. X, 6.

reflexionais, os convencereis de que la asercion de este *piadoso* escritor está justificada por la historia; además teneis un ejemplo reciente en la revolucion francesa que fué predicha en todas partes de la manera mas incontestable; pero para volver al punto de donde he partido, ¿creeis que el siglo de Virgilio careció de excelentes genios que se burlaban *de la grande época y del siglo de oro, de la casta Lucina, de la augusta Madre y del misterioso Hijo?* Sin embargo, todo esto era cierto.

El hijo de lo alto de los cielos está dispuesto á descender.

Podeis ver en muchos escritos, pero principalmente en las notas que Pope añadió á su traduccion en verso, de *Polion*, que esta pieza podria pasar por una version de Isaías. ¿Por qué quereis que no suceda hoy dia lo mismo? El universo está en espectacion. ¿Cómo, pues, despreciar nosotros esta firme creencia? ¿Y con qué derecho condenaremos á esos hombres, que advertidos por divinos signos, se entregan á santas investigaciones?

¿Quereis otra prueba de lo que se prepara? Buscadla en las ciencias; considerad bien la marcha de la química, la de la astronomía misma, y vereis á donde nos conducen. Creeriais por ejemplo, si anteriormente no tuviéseis idea, que Newton nos recuerda á Pitágoras, y que incesantemente será demostrado, que los cuerpos celestes son movidos precisamente como el cuerpo humano por medio de inteligencias que les están unidas sin que se sepa cómo? Esta doctrina podrá sin duda parecer paradoja y hasta ridicula; pero esperad que la afinidad natural de la religion y de la ciencia las reuna en la cabeza de un solo hombre de genio: la aparicion de este hombre no está muy lejana y tal vez existe ya. Ese hombre se hará célebre y pondrá fin al siglo XVIII que dura siempre; porque los siglos intelectuales no se rigen por el calendario como los siglos propiamente dichos; y las opiniones que ahora nos parecen atrevidas ó insensatas, serán axiomas de los que no será permitido dudar; se hablará de nuestra *estupidez* actual lo mismo que nosotros hablamos de la supersticion de la edad media. La fuerza de las cosas ha obligado ya á algunos sabios á hacer concesiones que los unen al *espíritu*, y otros no pueden menos de presentir esa tendencia secreta de una poderosa opinion; toman contra ella precauciones que hacen tal vez sobre los verdaderos observadores mas impresion que una resistencia directa. De ahí ese escrupuloso cuidado de no emplear mas que espresiones materiales. Jamás se trata en sus escritos sino de leyes *mecánicas*, de *principios mecánicos*,

de astronomía, *física*, etc. No es esto que ellos se sientan maravillados de que las teorías materiales no satisfagan de ningun modo la inteligencia; porque si hay en ellas alguna cosa de evidente para el espíritu humano despreocupado, es que los movimientos del universo no pueden esplicarse sino por leyes mecánicas; sino que es precisamente porque conocen que ellos ponen, por decirlo así, las palabras en guardia contra las verdades. No se quiere confesar; y únicamente se abstienen de hacerlo, por compromisos y respetos humanos. Los sabios europeos son actualmente especie de conjurados, iniciados ó como querais llamarlos, que han hecho de la ciencia una especie de monopolio, y que no quieren absolutamente que se sepa *mas*, ó de *otro modo*, que ellos. Pero esta ciencia será incesantemente infamada por una posteridad *ilustrada*, que acusaria justamente á los adeptos de hoy dia, de no haber sabido sacar de las verdades que Dios les habia entregado, las consecuencias mas preciosas para el hombre. Entonces toda la ciencia cambiará de aspecto, y el espíritu destronado y olvidado recobrará su lugar. Quedará demostrado, que las tradiciones antiguas son todas ciertas; que el paganismo entero no es mas que un sistema de verdades corrompidas é impertinentes, y que basta *limpiarlas*, por decirlo así, y ponerlas en su verdadero lugar para verlas brillar con todos sus rayos de luz. En una palabra, todas las ideas cambiarán, y presentándose luego por todas partes una multitud de elegidos, gritarán de acuerdo: ¡VENID, SEÑOR, VENID! ¿Por qué vituperais á los hombres que se lanzan en ese magestuoso porvenir, y fundan su gloria en adivinarlo? Como los poetas que hasta en nuestros tiempos de debilidad y decrepitud presentan todavía algunos pálidos resplandores del espíritu profético, por la facultad de adivinar las lenguas y de hablarlas con pureza antes de haberse formado, así los hombres espirituales experimentarán alguna vez momentos de entusiasmo y de inspiracion, que los trasportará al porvenir, permitiéndoles presentir los acontecimientos que el tiempo prepara allá á lo lejos.

Recordad, señor Conde, el cumplido que me dirigisteis con motivo de mi erudicion respecto al número *tres*. Ese número en efecto se manifiesta en todas partes, lo mismo en el mundo físico que en el mundo moral y en las cosas divinas. Dios habló por primera vez á los hombres en el monte Siná, y esta revelacion quedó encerrada, por razones que ignoramos, en los estrechos limites de un solo pueblo y de un solo pais. Despues de quince siglos, se hizo una segunda revelacion á todos los hombres sin distincion, y esa es de la que nosotros juzga-

mos; pero la universalidad de su acción debe estar todavía infinitamente reducida por las circunstancias de tiempo y de lugar: quince siglos mas debian pasar antes de que la América viese la luz; y sus vastos dominios encierran todavía una multitud de hordas salvajes, tan estrañas á este grande beneficio, que inducen á creer, que están escluidas por naturaleza en virtud de algun anatema primitivo é inesplicable. El gran Lama cuenta mas creyentes que el papa; la Bengala tiene sesenta millones de habitantes; la China doscientos; el Japon veinte y cinco ó treinta. Contemplad además esos inmensos archipiélagos del grande Oceano, que hoy forman la quinta parte del mundo. Vuestros misioneros sin duda han hecho maravillosos esfuerzos para anunciar el Evangelio en algunas de esas lejanas comarcas; pero ya habeis visto el éxito que han tenido. ¡Cuántos millares de hombres á quienes la buena nueva no llegará jamas! La cimitarra del hijo de Ismael ¿no ha lanzado casi enteramente el cristianismo del Asia y del Africa? Finalmente, en nuestra Europa, ¡qué espectáculo se presenta al ojo religioso! El cristianismo es radicalmente destruido en todos los países sometidos á la insensata reforma del siglo XVI; y hasta en vuestros países católicos, parece no existir sino en el nombre. No pretendo colocar mi Iglesia en mas alto puesto que la vuestra; no estamos aquí para disputar. ¡Ah! Sé muy bien lo que nos falta; pero os suplico, amigos míos, que lo examinéis con la misma sinceridad; ¡qué falta de caridad en unos, qué prodigiosa indiferencia por parte de otros! ¡Qué desencadenamiento de todos los poderes católicos contra el jefe de vuestra religion! ¡A qué estremidad no ha dejado reducido entre nosotros el orden sacerdotal la invasion general de vuestros príncipes! El espíritu público que les inspira ó les incita, se ha vuelto enteramente contra ese orden. Es una conjuracion, una especie de rabia; y en cuanto á mí, no dudo que el Papa deseará mejor tratar un negocio eclesiástico con la Inglaterra, que con tal ó cual gabinete católico que no nombro. ¿Cuál sería el resultado de la tempestad que vuelve á amenazar en este momento? Millares de católicos tal vez pasarán su tiempo bajo imperios heterodoxos para vosotros y aun para nosotros. Si esto ha de ser así, espero que estareis bastante instruidos para someteros á lo que se llama *tolerancia*; pues sabeis que el catolicismo jamás ha tolerado en toda la fuerza de la palabra. Cuando se os permite oír misa y no se fusila á vuestros sacerdotes, se llama á esto *tolerancia*; sin embargo, no es bastante esto segun vuestra cuenta.

Examinaos á vosotros mismos en el silencio de las preocupacio-

nes, y comprendereis que vuestro poder os abandona; no teneis ya esa conciencia de la fuerza, que tantas veces se presentó á la pluma de Homero, cuando quiso hacernos comprender las sublimidades del valor. No teneis héroes, á nada os atreveis, y todo se atreve contra vosotros. Contemplad ese lúgubre cuadro; unid á él la espectacion de hombres escogidos, y vereis si los iluminados juzgan mal al entrever mas ó menos próxima una tercera esplosion de la omnipotente bondad en favor del género humano. Seria interminable, si quisiera aducir todas las pruebas que se reunen para justificar esa grande espectacion. No vitupereis, pues, repito otra vez, á esos hombres que se ocupan y que ven en la revelacion misma razones para prever una revelacion de revelacion. Llamadlos, si quereis, *iluminados*, y desde luego estaré conforme con vosotros, supuesto que pronunciais este nombre con seriedad.

Vos, mi querido Conde, vos, apóstol tan severo de la unidad y de la autoridad, no habeis olvidado sin duda todo lo que nos habeis dicho al principio de nuestras veladas, sobre todo lo que sucede de estraordinario en este momento. Todo anuncia, y vuestras propias demostraciones lo manifiestan, *no sé qué grande unidad, hácia la cual marchamos á pasos agigantados*. No podeis, pues, sin poneros en contradiccion con vosotros mismos, condenar á los que *saludan de lejos á esa unidad*, como vos decís, y que intentan, segun sus fuerzas, penetrar misterios tan terribles sin duda, pero al mismo tiempo tan consoladores para vos.

Y no digais que todo está dicho, todo revelado, y que ya no nos es permitido esperar nada de nuevo. Es cierto que nada nos falta para nuestra salvacion; pero respecto de los conocimientos divinos, nos falta mucho; en cuanto á las manifestaciones futuras, tengo, como veis, mil razones para esperar en ellas, mientras que vos, para probarme lo contrario, no teneis ninguna. ¿Estará tranquila la conciencia del Hebreo que cumple con la ley? Os citaria no sé cuántos trozos de la Biblia, en los que se promete al sacrificio judáico y al trono de David una duracion igual á la del sol. El judío que se atenga á ella, hasta crecer en el reinado temporal del Mesías, podria tener razon; pero sin embargo, se engañaba, como se vió despues; pero ¿sabemos acaso lo que á nosotros mismos nos espera? *Dios será con nosotros hasta la consumacion de los siglos; las puertas del infierno no prevalecerán contra nuestra Iglesia, etc.* Muy bien: ¿es decir, que Dios ha prohibido toda nueva manifestacion, y que ya no nos es permitido aprender mas de lo que